

## MUJER, EXTREMEÑA Y SANTA

Se llamó Matilde Téllez Robles. Sus progenitores, D. Félix, de profesión escribano y D.<sup>a</sup> Basilea. Su cuna ignorada. Robledillo de la Vera, en la región paradisíaca de la mansión postrera del César Carlos.

Año 1841. El 31 de Mayo, día mariano con transeúntes denominaciones, llegó a este mundo Matilde. Hogar cristiano, piadoso y en frecuente peregrinaje como los funcionarios que ascienden.

Robledillo, Villavieja, Becedas y Béjar fueron las principales estaciones del vivir silencioso de Matilde, durante varios lustros de cimentación y sementera.

Béjar y calle de los Alamos. Tipismo y tradición de la bella ciudad. Morada caliente del escribano y su devota esposa con cuatro hijos en ambiente formativo, escolar y hogareño.

Doña Juliana era maestra excelente y con prestigio. La llamaban «La Rectora». También entonces existía el problema de insuficiente docencia con muchos analfabetos.

Matilde, la mayor de las hembras, hijas del escribano, descubre en sí la noble ilusión de hacerse maestra empujada por motivos caritativos y apostólicos:

El 25 de Marzo de 1854 fué día de luto. Esteban, el primogénito, falleció inesperadamente. Con él murieron las esperanzas puestas en su preclara inteligencia. Los cristianos saben sufrir con resignación y esperanza.

Matilde es tímida en el trato, pero de figura esbelta. Sonríe con delicada dulzura y mirada penetrante. Sus veintiunas primaveras presentan una juventud limpia y serena.

Su piedad es maciza e ilustrada. Visita a los enfermos, aunque

don Félix manifiesta su displicencia, porque quiere verla siempre arreglada y siendo el eje de divertida y elegante juventud.

Nunca protestó Matilde, pero sí rogaba con intenso dolor al cielo para que la abriese un nuevo horizonte de paz.

Las Misiones populares celebradas hacia 1863, marcaron un hito imborrable en su vida. Protagonista el jesuíta P. Cenzano. Testimonio, la institución de «Hijas de María» entre las jóvenes bejaranas.

Matilde fué elegida la primera Presidenta. El cargo era un compromiso y ella aceptó toda la responsabilidad. Sólo el cielo le brindó ánimos. El Hijo y la Madre fueron su luz y su fuerza.

Apostólico dinamismo en la hija del escribano. Conquistaba corazones con estilo atrayente y cautivador.

Surgen dos fuertes escollos: la pobreza y la incultura. Y se reaviva la impaciente ilusión de hacerse maestra para iluminar y ayudar más rápida y eficazmente a la juventud. Se rodea de niñas y las enseña las primeras letras, los números y el catecismo.

La benemérita obra de las «Conferencias de San Vicente de Paúl» reclaman su cooperación y la nombran «enfermera investigadora».

Creció la popularidad y el prestigio de Matilde que era un verdadero apóstol durante todo el día. El calor de la comunión encarecía su espíritu y multiplicaba su celo.

Bodas de las hermanas Elvira y Patricia. Matilde tenía sus amores: Los enfermos, escuela dominical, juventud, niñas de las «Hijas de María». Pero su más importante cita de cada día, la de Cristo cabe el altar, donde el amor se diviniza y el enamoramiento se torna irrompible.

En medio de un ambiente hostil y contradictorio, sólo triunfan los audaces. Matilde fue un líder evangélico arrastrando juventudes. Oye que cuarenta están dispuestas a seguirla.

Luchas y oposición familiar. Preocupantes comentarios en la ciudad porque María Briz ha dejado al novio para unirse a Matilde.

Don Félix, su padre, es duro con la hija, pero la súplica de un amigo moribundo le hace rendirse, y Matilde respira gozosa y agradecida.

El 19 de Marzo de 1875 fue una fecha memorable. Matilde

y María Briz iniciaron su vida de retiro encerrándose en una casuca, estilo monacal, que bautizaron con el nombre de Nazaret. Hubo escenas de alboroto a nivel de barrio entre curiosos, vecinos y familiares. Ellas permanecieron en silencio, oración y penitencia.

Aquello era algo nuevo. Convento sin reglas, hábitos, superior ni campana. La caridad fraterna rebosaba hacia Dios y los pobres.

No faltaron episodios calumniosos, con sutiles censuras de clérigos revestidos de celo farisáico para disuadir las incipientes vocaciones, y gestos persecutorios con amenazas de incendio.

Llegó a la diócesis un nuevo obispo, D. Pedro Casas y Souto, llamado «martillo del liberalismo» y «El Angel placentino».

Expuestos al Prelado los ideales y un esbozo de las reglas, los bendijo y el 21 de Abril de 1867 envió a Matilde su provisional aprobación escrita.

Recibido el hábito, Matilde y María Briz recorren Extremadura demandando limosnas para fundar un noviciado y llenarlo de vocaciones.

Trámites jurídicos, consultas, recehos y perplejidades ante el futuro incierto. Por fin el 24 de Enero de 1870 se autoriza la fundación en Don Benito (Badajoz).

En seguida pleitos por una imagen de Béjar. El obispo zanjó con entereza. En Marzo, siete hermanas son la levadura de la Congregación en Don Benito, donde dos hermanos les regalan una casa que se convierte en «Nazaret».

Luchando las dificultades y la confianza, triunfa la fe. Surgen bienhechores espléndidos, D. Diego Alguacil-Carrasco y doña María Quirós.

En Madrid, donde acude en busca de ornamentos para la capilla, sufre un vahido a consecuencia de cansancio, no obstante sus treinta y nueve años.

El 3 de Diciembre de 1882, bendición de la primera piedra de la capilla.

La primera Comunidad empieza a vivir regularmente. Las acompaña la hermana Pobreza. Ni dos hábitos, ni otros repuestos. Franciscanismo auténtico. Este olor a pobreza ahuyenta los demonios y se agigantan las virtudes.

Matilde con cinco religiosas, emitió los votos temporales el 29 de Junio de 1884, con la impaciente vocación de amar a Dios en retiro, orar y reparar ante el Sagrario.

Año 1885. El cólera en Don Benito. Caminos: Alicante, Valencia, Toledo y Badajoz. Como cruel vendaval causó grandes estragos en vidas humanas. Fatídico mes de Julio. En dos días, 21 y 22, murieron 85 personas. Los demás a ritmo semejante. Un carro municipal, como hoy la basura, recogía los cadáveres de las casas.

Prueba heroica para la joven fundación. Testifica la madre Matilde: Todas haciendo o renovando el sacrificios de sus vidas, se disponían a morir por el bien de sus hermanos invadidos por la peste. No hacen falta comentarios. Basta el silencio reflexivo.

Entre las hermanas también una víctima, y de calidad: María Briz. Acabó su carrera el día de la Virgen del Carmen, con vuelo vertiginoso. Cortó el noviazgo, superó luchas familiares, trabajó con infatigable celo, amó sin límites y, con doce horas de enfermedad, a los treinta y dos años, dejó la tierra para subir al cielo.

El Ayuntamiento editó una crónica homenaje. Sor María Briz figura en destacado lugar.

Un horno sublime mantenía el calor ardiente de aquellos corazones: La Eucaristía. Ante el Sagrario consumían largas horas de vela, «renovando el sacrificio de sus propias vidas.»

Hasta en los viajes Sor Matilde descubría la cercanía de los sagrarios parroquiales.

Las reglas obligan a tributar siete horas diarias de adoración a Jesús Sacramentado.

No acabó la fecunda semetera de caridad con el final del cólera. Luego un hospitalillo para enfermos, asistencia en sus propios domicilios, cuidado de niñas huérfanas, y otras obras más fueron el campo hambriento de su labor apostólica.

Crecieron las parcelas y se multiplicaron las vocaciones.

Cáceres ofreció una vieja casona y el Prelado cauriense aprobó la fundación el 19 de Diciembre de 1889. Oscuro, frío e insalubre resultó el caserón. La defunción de una niña asilada empujó a abandonarlo y buscar nuevo recinto. Una suscripción popular colaboró para la construcción del Colegio de San José. Niñas inocentes, cultivadas como ángeles, perfumaron el ambiente cacereno. No faltaron las espinas de la ingratitud.

El año 1895 las constituciones entraron en la recta definitiva de su aprobación. La medida de Roma parecía lentitud intencionada. Mas la prudencia de los hombres no frenó el incremento divino.

Frondosa primavera. La naciente obra creció milagrosamente. Doce años y siete fundaciones es un record extraordinario, en tan joven institución.

Sor Matilde, andariega como Teresa de Jesús, gustó la dureza de las malas posadas. Testigo Expiel, camino de Pozoblanco.

Tuvo singular don de palabra mansa y persuasiva, amena y chispeante, inspirada y oportuna. Juicios ponderados la compararon con la Santa de Ávila.

Camino de Alange la sorprendió horrorosa tormenta. Para animar a sus acompañantes dijo que le agradaban los relámpagos porque en esos momentos los pecadores no ofenden a Dios.

Desde su caída en Madrid —iglesia de San Jerónimo— Sor Matilde empezó a ordenar su pasaporte para el viaje sin retorno.

«Morir cada día un poco es un modo de vivir.» Hizo testamento espiritual, porque estaba limpia de bienes terrenos.

«Unos mareos —declara Sor Sacramento— la dejaban sin conocimiento, pero luego volvía en sí sonriendo...»

Vivió siempre unida a Cristo y padeció semejantes dolores y agonías, con espinas y cruces.

Contaba sesenta y un años. El 8 de Diciembre fue día de presentimientos. Estaba indisposta y un poco achacosa.

No había mejorado el día 15. Tenía hambre o sed de unas sopas de ajo.

Intentó viajar. Al salir a la calle, se desplomó, víctima de un ataque. Corrió la noticia como un rayo. Todo el pueblo de Don Benito se sintió afectado por dolor sincero y profundo.

Una hora antes de salir había comulgado. Jesús Eucaristía la acompañaba.

Dos días sin hablar, pero con intenso conocimiento. Recibió la Santa Unción.

Miércoles, 17 de Diciembre de 1902. Sor Matilde Téllez Robles, mujer extremeña, monja fiel y apóstol incansable, rodeada de la hermosa corona de sus Hijas, partió definitivamente de este mundo, pero su obra, su espíritu y su ardoroso amor continúan creciendo, purificando y santificando a los hombres de buena voluntad.